

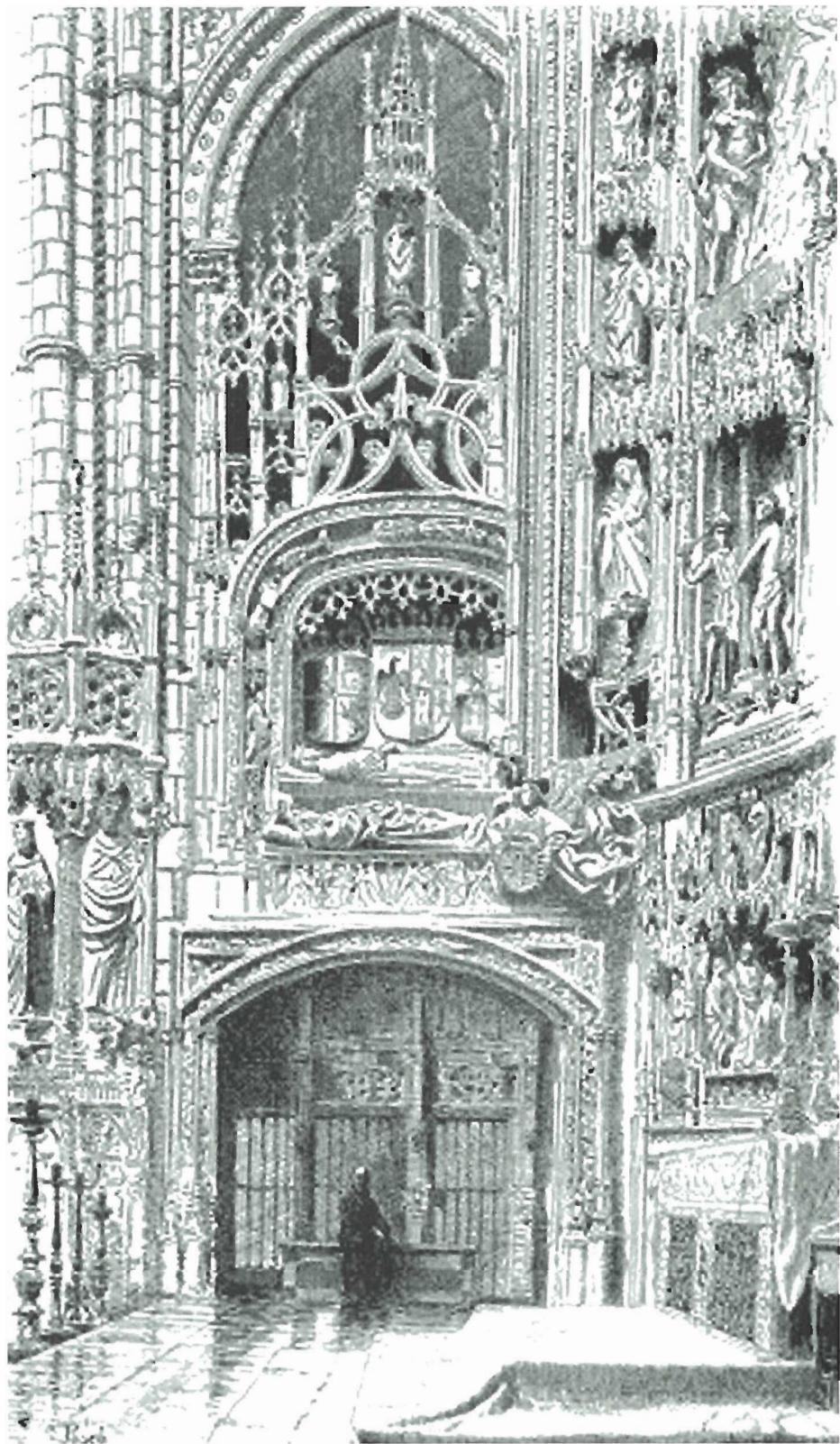
HAMBRE Y RESIGNACIÓN EN EL LAZARILLO DE TORMES

Benito Madariaga de la Campa



Santander
Sociedad Menéndez Pelayo
CONFERENCIAS Y DISCURSOS
1997

IIAMBRE Y RESIGNACIÓN
EN EL LAZARILLO DE TORMES



Capilla Mayor de la Catedral de Toledo



Toledo, según Georg Braun

HAMBRE Y RESIGNACIÓN EN EL LAZARILLO DE TORMES

Benito Madariaga de la Campa

Sociedad

Menéndez

Pelayo



SANTANDER
1997

CONFERENCIA PRONUNCIADA EL 21 DE MARZO DE 1997
EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS DE CANTABRIA, ASÍ COMO EN
LA CÁTEDRA DE MENÉNDEZ PELAYO DE SU BIBLIOTECA,
EL 17 DE DICIEMBRE DEL MISMO AÑO.

Cubierta: Grabado de Georgius Braun, *Theatrum Hispaniae, exhibens Regni, Urbes, Villas ac Viridaria magis illustria*, Amsterdam, Pieter Vander Berge (hacia 1600). Vista de Toledo.

Grabados de Vicente Castelló, según dibujos de J. Méndez, F. Lameyer y Zarza, sacados de la edición *La vida del Lazarillo de Tormes* (1844), existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Dibujo del itinerario del Lazarillo por Angel Olivares de Miguel.

I.S.B.N. 84-86993-13-X

Depósito Legal: SA-593-1997

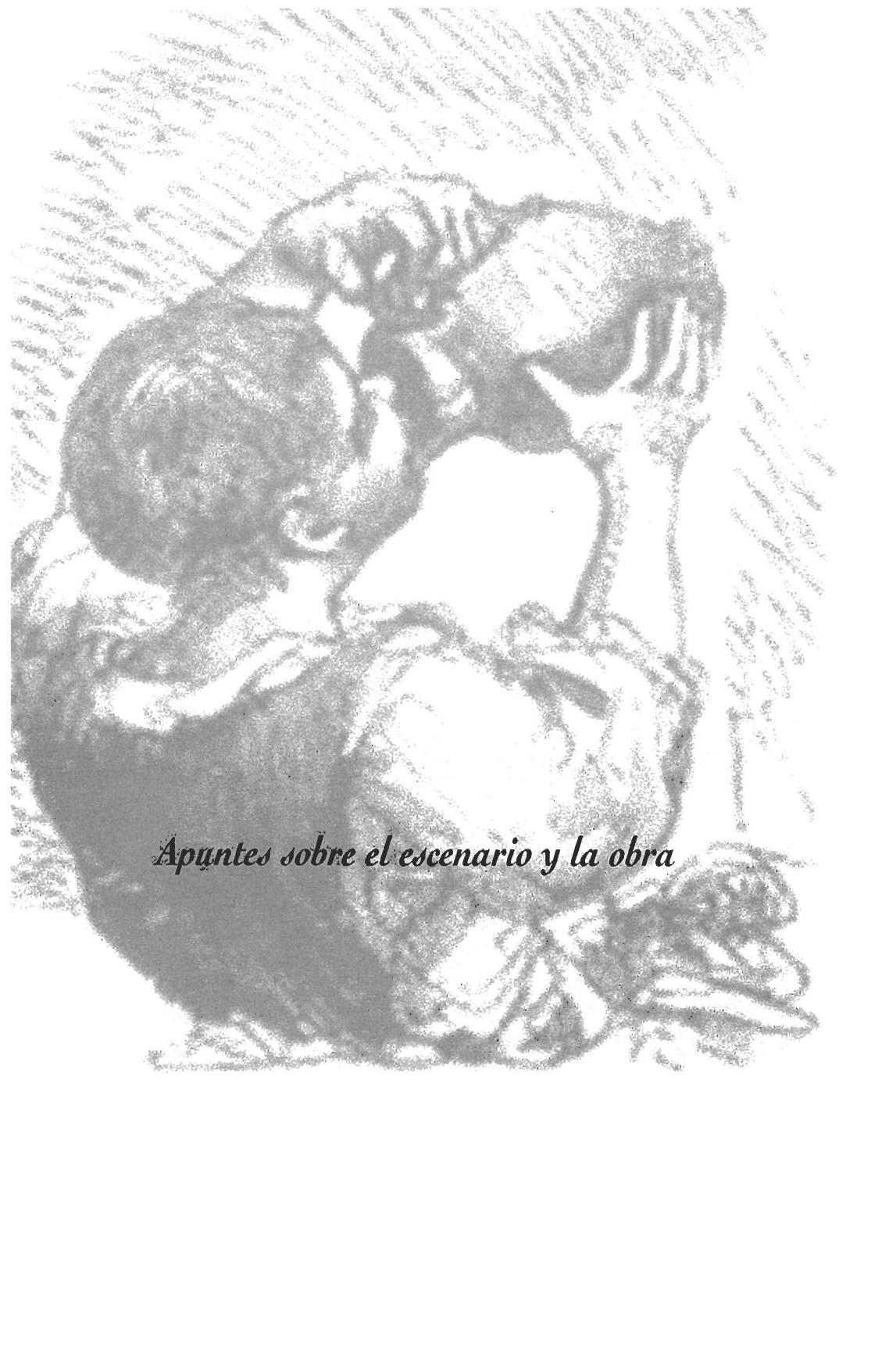
Imprime: Gráficas Calima S.A.

*L*a Sociedad Menéndez Pelayo ha realizado en sus casi tres cuartos de siglo de existencia una importante actividad editorial. Destaca en los últimos años la colección Estudios de Literatura y Pensamientos Hispánicos, cuyo volumen número 8 dedicado a Peñas Arriba aparecerá en 1997. En esta nueva colección, Conferencias y discursos, que ahora presentamos, la Sociedad Menéndez Pelayo quiere recoger textos ocasionales que muchas veces, a causa de su primera exposición oral, pueden llegar a perderse. Por otro lado, no debe olvidarse que la Cátedra Menéndez Pelayo, enclavada en la Biblioteca del gran erudito, sirve de caja de resonancia al latir cultural de la ciudad de Santander, de Cantabria y aún de toda España, pues en su recinto se celebran todo tipo de actos académicos y se imparten, al amor del endecasílabo del maestro "Yo guardo con amor un libro viejo", toda suerte de acercamientos culturales. Cuando Unamuno en 1902 solicitó a Menéndez Pelayo un texto para cierta antología que se iba a publicar en Italia, Don Marcelino le contestó, entre otras cosas, que "un discurso sobre R. Lulio que leí en Mallorca tampoco me parece mal y tiene la ventaja de ser breve".

Breve es, en efecto, el trabajo que Benito Madariaga lleva a cabo sobre el Lazarillo, novela que, pese a su corta extensión, está en el pináculo de la Literatura española. Las páginas de Madariaga pasan rápidamente a determinados aspectos de la obra de nuestro anónimo clásico, sintetizando una visión, a la fuerza personal, que aporta, además, en algún caso, determinado hallazgo.

Con el mayor respeto a la libertad con la que, por supuesto, se moverán quienes participen con conferencias y discursos en nuestra nueva colección, sería muy de desear que se encontraran reunidas estas características: visión global, capacidad de síntesis y alguna aportación original, todo ello expresado en el buen castellano que, está por más decir, se tiene a gala fomentar en esta casa.

*Xavier Agenjo
Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo
Secretario Ejecutivo de la Sociedad Menéndez Pelayo.*



Apuntes sobre el escenario y la obra



n los años que preceden a la aparición de *Lazarillo de Tormes* en 1554 y en torno a las fechas en que se supone vivió el autor, la situación política, económica y religiosa de España no estaba libre de ciertas dificultades, aun dentro de un desarrollo en sus dominios y de una política organizadora del imperio. El repaso historiográfico pone de relieve la oposición y crítica al Emperador a raíz del sometimiento cruento de la sublevación comunera entre 1521 y 1522 y el asalto y saqueo de Roma en mayo de 1527. Por otro lado, la fragmentación y heterogeneidad de la población que iba desde los nobles, caballeros, hidalgos y altas jerarquías religiosas, hasta los mercaderes, soldados, villanos, pícaros y mendigos, así como la subida de los precios y el aumento de los impuestos, explican el descontento, y la forma de vida difícil de aquellos momentos. Al ser una sociedad muy jerarquizada, con gran diferenciación social y económica, el ascenso a categorías superiores era muy costosa y más en el caso del protagonista de la obra, por razón de su bajo origen.

A las diferencias entre cristianos viejos y nuevos, que ya venía de lejos, se unió la de ortodoxos y heterodoxos, debido a la existencia de erasmistas, protestantes y alumbrados. En cuanto al estamento religioso, Menéndez Pelayo puso de relieve la existencia, ya antes de la Reforma, de ignorancia y malas costumbres en el clero, así como de la avaricia, gula y soberbia de muchos frailes y monjes¹. Precisamente, las ciudades de Salamanca y Toledo, donde se desarrolla la novela, fueron focos de heterodoxias ocultas, perseguidos por el Tribunal del Santo Oficio y que existieron incluso entre personalidades conocidas de la alta jerarquía eclesiástica. Así, se atribuye a Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca, capellán y predicador del Emperador, ser el difusor de la reforma protestante en Castilla la Vieja². El Arzobispo de Toledo, Juan Alonso de Fonseca, fue erasmista igual que su secretario Juan de Vergara. En esta misma ciudad residió, a su vez, el grupo más importante de alumbrados, en el que tuvo gran influencia, entre otros, Pedro Ruiz de Alcaraz, protegido del Marqués de Villena, encausado por la Inquisición en 1524³.

Los Comuneros habían tenido también aquí numerosos partidarios dirigidos por familias importantes, como las de Juan de Padilla y Pedro Lasso de la

¹ *Historia de los heterodoxos españoles*, 2^a edic., III (*Erasmistas y protestantes*), Madrid, C.S.I.C., 1963:10-13.

² Ibídem, p. 395.

³ J. Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, t. II, Madrid, Arión, 1962: 223.

Vega. Respecto a la ideas erasmistas, según comenta J. H. Elliot⁴, la corte española, en la década de 1520 a 1530, estaba muy influida por el universalismo de Erasmo, lo que supuso un valioso refuerzo al sentimiento de la proyección imperial.

No han faltado especialistas que han creído encontrar entre algunos de estos grupos al autor del *Lazarillo de Tormes*. Así, por citar algunos de ellos, Américo Castro, Stephen Gilman, Fernando Lázaro Carreter y J. Gómez-Menor opinan que fue un converso; Manuel J. Asensio se inclina por un alumbrado, en tanto que A. Morel-Fatio y F. Márquez Villanueva le consideran cercano al erasmismo; Joseph V. Ricapito le identifica con Alfonso de Valdés y M.J. Asensio piensa que pudo ser Juan de Valdés. Otros supuestos autores han sido Fr. Juan de Ortega, Diego Hurtado de Mendoza, Sebastián de Horozco, Hernán Núñez de Guzman y Pedro de Rúa. Por su parte, Francisco Rico estima que el autor debió de ser un hombre de espíritu escéptico y Enrique Tierno Galván se preguntaba si fue el *Lazarillo* un libro comunero. Últimamente, Dalai Brenes Carrillo ha intentado demostrar que tras el autor de la novela se esconde Gonzalo Pérez, secretario del Emperador⁵.

Nuestro primer crítico del siglo pasado, Menéndez Pelayo, incluyó esta obra dentro de la novela picaresca y se refirió a ella en su correspondencia con Morel-Fatio, Adam Schneider y Fonger de Haan⁶. En el discurso de contestación que pronunció al de ingreso de Adolfo Bonilla y San Martín en la Real Academia de la Historia en 1911, aludió al humor satírico de la obra y a la posible influencia en ella del erasmismo, posición refutada después por Marcel Bataillon. En la colección de novelas picarescas publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles, existente entre los libros de don Marcelino y con anotaciones suyas, el *Lazarillo* no contiene apuntes marginales. Sin embargo, en sus

⁴ J. H. Elliot, *La España Imperial 1496-1716*, Madrid, Edic. Ejército, 1981:170.

⁵ Américo Castro, *Hacia Cervantes*, 3^a Edic., Madrid, Taurus, 1967; *Lazarillo de Tormes*, Edic. de Francisco Rico, Madrid, Cátedra, 1996. Las citas de la novela se hacen por esta edición; Francisco Márquez Villanueva, "La actitud espiritual del *Lazarillo de Tormes*", *Espiritualidad y Literatura en el siglo XVI*, Madrid, Alfaguara, 1968, pp. 67-137; Tierno Galván, "¿Es el *Lazarillo* un libro comunero?", *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, XX-XXIII, febrero 1958, pp. 217-220; D. Brenes Carrillo, "Lazarillo", "Vlisea" y Anón", *Bol. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, enero-febrero de 1987, pp.57-104.

Para conocer la numerosa bibliografía existente sobre este libro pueden verse, a título de ejemplo, las siguientes obras: Joseph L. Laurenti, *Bibliografía de la literatura picaresca*, Nueva Jersey, Metuchen, 1973. Item, *Catálogo bibliográfico de la literatura picaresca: siglos XVI-XX*, Kassel, Reichenberger, 1988. Y del mismo autor: *Ensayo de una bibliografía de la novela picaresca española. Años 1554-1964*, Madrid, CSCI, 1968. Cfr. IV "Lazarillo de Tormes 1554", pp. 20-50. Enrique Macaya Lahmann, *Bibliografía del Lazarillo de Tormes*, San José, Costa Rica, edic. del Convivio, 1935. Bienvenido C. Morros, "Apéndice bibliográfico" en la citada edición de *Lazarillo de Tormes* (1996), de Francisco Rico, pp.147-191.

⁶ M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XXIII, ver Índices, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1991, pp.251, 296-97 y 354.

cartas se mostró siempre contrario a la adjudicación de la divulgada autoría a Diego Hurtado de Mendoza. Y es que el autor del libro se escapa como una nube de humo cuando se pretende identificarlo, incluso en su encuadramiento religioso, a pesar de criticar determinadas conductas a través del prisma jovial del humor. Aunque se le busque entre los heterodoxos, no podemos tampoco descartar que fuera un cristiano viejo. Hasta el momento la falta de una identidad de estilo literario entre los presuntos autores y el de la novela dificulta la solución del problema. Cuando un autor no firma un libro es porque no le permiten hacerlo o no le interesa por alguna razón. Y en este caso no dejó, que se sepa, ningún testimonio de su persona ni de su obra.

La búsqueda de pistas con coincidencias históricas no ha arrojado, por ahora, ninguna claridad. Así, Alberto Blecuá⁷ ha citado el caso de Martín de Ayala, que llegó a ser Arzobispo de Valencia, y cuya historia familiar, únicamente, recuerda, en parte, la del *Lazarillo*. Fonger de Haan identificó a un pregonero de 1538 llamado Lope de Rueda y llegó a pensar que fuera el conocido autor teatral el que escribió el libro. A su vez, Alonso Bonilla y San Martín encontró en el Archivo Histórico Nacional los procesos inquisitoriales de los dos pregoneros toledanos Juan de García y Diego de Toledo, pero observa: “Por ahora no han dado resultado nuestras indagaciones”⁸. Y no son los únicos casos, ya que Francisco Rico documentó en Toledo la existencia en 1517 de un bonetero llamado Francisco de Tormes y J. Sánchez Romeralo el caso de la contratación en 1553 de un ciego y un muchacho llamado Lázaro⁹.

El contenido de la obra, escrita como un informe novelado o declaración autobiográfica (a modo de “epístola hablada” a juicio de Claudio Guillén y de “carta-coloquio”, según Fernando Lázaro), solicitado por escrito al protagonista, explica, debido posiblemente a su crítica política y clerical, tanto su anonimato como el hecho de ser incluida, más tarde, en el Índice Romano de Libros Prohibidos de 1559. Fue éste sumamente severo en cuanto a ediciones y libros proscritos existentes en las bibliotecas y casas de particulares e, incluso, se prohibió el *Enchiridion* de Erasmo (Elliott, p.243). Catorce años más tarde, en 1573, apareció el llamado *Lazarillo de Tormes castigado*, impreso con licencia del Consejo de la Santa Inquisición, previo expurgo en algunas de sus partes. Peor fue el caso de la edición de Amberes de 1598, en la que ésta alteró la identidad de los personajes tal vez para evitar la burla y el descrédito español¹⁰.

⁷ *La vida del Lazarillo de Tormes*, edic. de A. Blecuá, Madrid, Castalia, 1993: 18.

⁸ Fred Abrams, “¿Fue Lope de Rueda el autor del *Lazarillo de Tormes*?” , *Hispania*, XLVII (1964): 258-267; A. Bonilla, *Analco de la Literatura Española*, Madrid, 1904, nota 1, p.157.

⁹ Francisco Rico, “Problemas del *Lazarillo*”, *Bol. de la Real Academia Española*, XLVI, (1996) 277-296. Para J. Sánchez Romeralo, “Lázaro en Toledo (1553)”, en *Libro Homenaje a Antonio Pérez Gómez*, Cieza, 1978, pp. 189-202.

¹⁰ Molho, Maurice *Introducción al pensamiento picaresco*, Madrid, Anaya, 1972.

Como apunta Alberto Blecua¹¹, sólo hubo nueve impresiones en cerca de cincuenta años. Y no conocemos las tiradas ni la aparición de otras anteriores perdidas, sin desechar la posible existencia de copias manuscritas, como opina José Caso¹², que, de ser cierto, pudiera explicar que una de ellas fuera la que se dio como el original encontrado en la celda de Fr. Juan de Ortega. El 28 de diciembre de 1995, apareció casualmente oculta en Barcarrota (Badajoz), tras el tabique de un desván, una nueva edición impresa en Medina de Rioseco de la misma fecha de las tres primeras conocidas¹³.

El libro debió de resultar acusatorio desde el punto de vista religioso y social, a partir de la política seguida por Felipe II tras su elevación al trono. En esos momentos se examinaba con rigor por la Inquisición la aparición de obras contra la doctrina y las instituciones religiosas y provocó la disminución de la propaganda erasmista, cuyas resonancias ideológicas es fácil que conociera el anónimo autor de la novela. En la edición de Alcalá, la interpolación existente en el libro respecto a las bulas y su aprovechamiento contenía una dura crítica. La vigilancia de los brotes protestantes y erasmistas, como de los de criptojudíos, fue intensa al constituir en el primer caso, a raíz del decreto de la Inquisición de Toledo en 1525 contra los luteranos, la nueva herejía del siglo, que tuvo cierta propagación en Valladolid y Sevilla. Fernández de Oviedo¹⁴, contemporáneo del autor del *Lazarillo*, se refiere en *Las quinquagenas de la nobleza de España* a los “errores eréticos de los luteranos” y a la propaganda protestante de entonces, pero no censura a Erasmo:

No es fuera de propósito lo que digo, ni hablo con todos, sino con algunos particulares, que acomulan razones al revés de la verdad, ereticando, y esos son los luteranos e anabatistas desas y otras se[ct]as, quél Emperador nuestro Señor con su clemencia e piadosas amonestaciones, pensándolos volver al camino de la verdad, y ellos entendiéndolo al revés, se han aumentado e crecido en su soberbia e ravia, que al cabo ha de ser para mas daño de los desobedientes (p. 158).

No puede pensarse, pues, que las escasas reimpressions y el mal negocio editorial se debieran a un desinterés del público por la obra. El hecho de que

¹¹ A. Blecua, ob. cit., p. 46.

¹² José Caso González, ed. “La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades”, *Bol. Real Academia Española*, Anejo XVII, Madrid, 1967.

¹³ *Lazarillo de Tormes* [Medina del Campo, 1554], 2^a Edic. Facsímil de la Junta de Extremadura, Salamanca, 1996. Estudio introductorio de Jesús Cañas Murillo.

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Las quinquagenas de la nobleza de España*, t. I, Estancia XII, Madrid, 1880, p. 158.

el libro apareciera en Amberes, con importante población judía y libreros de categoría, donde se publicó al mismo tiempo que las primeras de España y el que no se propagara de inmediato, parece indicar que fue por otros motivos, lo que hace sospechar que resultó un libro nada cómodo por su contenido para los editores y el autor, que mantuvo el anonimato. Por ejemplo, el Consejo de la Inquisición cursó en Madrid el 11 de agosto de 1530 una carta orden a los inquisidores provinciales referente a la vigilancia de los libros luteranos o de alumbrados y a su búsqueda en las tiendas de los libreros. En el caso del *Lazarillo* aparte de suprimirse los tratados cuarto y quinto, se expurgaron la alusión a los clérigos y frailes que hurtan de los pobres y para sus devotas y la frase en que el escudero critica a los nobles que no quieren ver hombres virtuosos en su casa. En el séptimo se suprimió la parte referente al medro de los que conseguían un oficio real por modesto que fuera, el juramento por la hostia consagrada, etc. Como dice J.H. Elliott ¹⁵, el Santo Oficio "entre 1530 y 1550 se convirtió en un gran aparato movido por delaciones y denuncias, una terrible máquina que podía escapar del control de sus propios creadores y adquirir una existencia independiente por sí misma". Por otra parte, el libro pudo tener entonces alguna intencionalidad crítica que no conocemos hoy con detalle.

El texto, en el que se cita a Plinio, Marco Tulio Cicerón, Alejandro Magno, Galeno, Ovidio, Santo Tomás, al Conde Claros, etc. debió de provocar la consideración de los lectores de la época al no corresponder esa erudición con la preparación del protagonista relator que, a buen seguro, sería, en el mejor de los casos, prácticamente un analfabeto. Llamaría entonces la atención la disparidad cultural entre el creador de la obra y el narrador-protagonista¹⁶.

Algunos estudiosos han sospechado que el autor del libro pudo utilizar historias o detalles conocidos entonces y, si bien es evidente la existencia de préstamos folklóricos y tradicionales de distinta procedencia y claras resonancias del *Asno de oro* y *El Crotalón*, sobre un fondo realista, también cabe pensar que



Relajoado o impenitente,
según Limborch.

¹⁵ Ob. cit., p. 233.

¹⁶ La vida de *Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, edic. de Julio Cejador, Madrid, 1962, p. 14.

se sirviera de algunos modelos observados en Toledo, como luego diremos. Hoy se conocen bien los precedentes de la mayoría de las escenas y personajes recogidos de la tradición folklórica que aparecen en la novela, algunas de ellas existentes también en Europa: por ejemplo, la del ciego y el muchacho, en un *fabliau* del siglo XIII; el del buldero, en el *Novellino*, de Masuccio Salernitano (1476); en *El Crotalón*, el del gallo convertido en criado y monaguillo de un capellán, así como los numerosos casos de hidalgos fatuos y pretenciosos y de clérigos amancebados¹⁷. Sin embargo, no debemos homologar la creación y la realidad como si una fuera copia de la otra o una imitación histórica. Es, precisamente, el autor el que hace real al personaje y, como opina Dámaso Alonso, crea la “primera novela realista que se publica en el mundo”¹⁸. A partir de ese momento, el *Lazarillo*, aún con impedimentos, empieza a caminar fuera de España, donde es imitado y traducido a diversas lenguas (al francés en 1560, al inglés en 1568, al holandés en 1579, al alemán en 1614, al italiano en 1622, al ruso en 1893, etc. e, incluso, hay versiones al latín en 1906 y al vascuence en 1929)¹⁹. Recordemos, a título de ejemplo de esta popularidad, que Shakespeare menciona a Lázaro en su comedia *Mucho ruido y pocas nueces* por boca de Benedick y que Gerbrand Bredero se inspiró en el personaje para montar *De Spaansche Brabander Icrolimo (El brabanzón español)*, la célebre farsa costumbrista y cómica del teatro holandés de 1617.

¹⁷ Fernando Lázaro Carreter, “*Lazarillo de Tormes*” en la picaroteca, Barcelona, Ariel, 1978; item: *Lazarillo de Tormes*, edic. de Carmen Castro, Madrid, Taurus, 1982. Ver también de F. Lázaro Carreter, “Lázaro y el ciego: del folklore a la novela”, en *Historia y crítica de la literatura española*, II, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 362-369. Francisco Rico, Introducción, Ob. cit., 1966. Ver “Contextos”, pp. 45-77.

¹⁸ Carmen Castro, *Ibidem*, p. 29 y Dámaso Alonso, *Tradición folklórica y creación artística en el Lazarillo de Tormes*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1972, p.9.

¹⁹ J.L. Laurenti, Ob. cit., pp. 20-50.



La andadura del Lazarillo



a información inicial con que empieza la obra es una somera descripción del ambiente en que nace el protagonista, Lázaro González Pérez, suficientemente expresiva al indicarnos su genealogía de antihéroe en ese siglo cuando todo el mundo era muy sensible a descubrir sus antecedentes, que se ocultaban por si había sangre de conversos. “Toledo y Sevilla- escribe Caro Baroja- las dos viejas capitales, estaban acaso más dominadas que ninguna otra ciudad de España por una especie de *odio genealógico*, producido por las pruebas, declaraciones, distinciones y denuncias que oca- sionaba la pretensión a todo honor o dignidad y que se repetían una y otra vez”²⁰. Pero Lázaro no tiene reparo en contar la malhadada historia de sus padres, los molineros Tomé González y Antona Pérez, que, a lo que parece, trabajaban como asalariados. El primero, sentenciado por robo, es desterrado para terminar enrolándose en la milicia, donde muere en la contienda de los Gelves como servidor de un caballero. Al quedar la madre viuda se ve obligada a ganarse la vida como puede, preparando la comida a estudiantes y lavando la ropa de ciertos mozos de caballerizas. Cuenta Lázaro cómo algunas veces un hombre negro entraba en la casa y se iba de madrugada. El entonces niño se daba cuenta del significado de aquellas visitas y, si al principio su entrada le producía pesar e incluso le tenía miedo, luego, al advertir que “su venida mejoraba el comer”, asegura que fue queriéndole “porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos” (p. 17).

Interesa consignar cómo a sus primeros traumas familiares se une en la novela el hambre y las taras psicológicas heredadas del ambiente, la miseria y el desarraigo de su madre. En la sociedad española, incluso anterior a ese siglo, el trato carnal con un negro significaba una afrenta. El afecto materno le fue tan necesario a Lázaro como el alimento, y careció de ambos. En esa época una persona así no era sólo un ser indefenso al faltarle la protección de los padres, sino también con una mala imagen de sí mismo, ya que los sucesivos amos no podían sustituir a la madre, por muy indiferente que fuera con él. La escena de ambos llorando en la despedida resulta commovedora. En casos como éste, se originaba un sentimiento de desamparo. La entrega o, peor aún, su abandono, no fue una práctica rara entre los más pobres y necesitados de aquella sociedad, en la que abundaban también los huérfanos y, como tal, la madre pone a Lázaro en manos del ciego. En casos de niños sin recursos, se solicitó en las

²⁰ J. Caro Baroja, ob. cit., II, p.374.

Cortes de Madrid de 1528 y 1534 que aquellos dedicados a la mendicidad fueron puestos a oficios con amos. Pero Lázaro no aprende sino a pedir en compañía. Esta separación de la madre es la primera agresión que aparece en la novela cuando es un niño.

Al conocer su forma de vida surge la pregunta de si se puede identificar al personaje con un pícaro, aunque se llamara así, según Covarruvias, a los que se alquilaban “ocupándolos en cosas civiles” y nunca se le denominó con este nombre en la obra. En la autobiografía del protagonista existe la pobreza, pero no la delincuencia. Lázaro es servidor y ese es su trabajo, siempre subalterno. No fue, pues, el pícaro clásico, ni tampoco ladrón profesional, vagamundo ni facinero. No se dice, igualmente, que se cubriera con la caperuza de color azul que, según F. de Haan, se les forzaba a llevar en Toledo²¹. Únicamente le insultan una vez cuando, obligado a pedir, le llaman “bellaco y gallofero” y le instan a buscar amo a quien asistir. Alejo Vanegas se refería en 1540 a los que pudiendo trabajar o servir “llevan la vida vellaca de los picaños”, lo que no era el caso de Lázaro²².

En cuanto a la genealogía del protagonista no es relevante ni heroica, sino obscura y vergonzosa. Tampoco, en contraposición a la infancia de los héroes del Renacimiento, tendrá Lázaro sabios maestros asesores, sino de baja condición moral. El muchacho recoge el consejo que le da la madre de “arrimarse a los buenos”, lo que venía a ser lo contrario de lo que dice el *Eclesiástico*: “No te juntes con los pecadores”. Pero lo primero con diferente intencionalidad, que no supo o no quiso entender Lázaro de Tormes.

La pobreza es mala compañera, pero el hambre es insoportable por necesidad fisiológica diaria y perentoria. En Lázaro el hambre es su mayor padecimiento y la clave de su conducta. La búsqueda de comida se presenta en los tres primeros tratados del libro como una obsesión. Se logra así, con gran acierto, situaciones graciosas mediante el hambre del protagonista, pero a la vez le conduce al drama personal de intentar solucionarlo. De este modo se convierte *La vida de Lazarillo de Tormes* en uno de los libros fundamentales de la Literatura mundial en torno al hambre, que parte de una tradición ya medieval en la literatura europea. También lo es en cuanto al tema del tiempo. Hay una escena muy reveladora, al respecto, cuando el muchacho una mañana conoce al escudero en que el narrador emplea un lenguaje que recuerda una cámara en movimiento en su descripción de tiempos y espacios. En este deam-

²¹ F. Lázaro Carreter, “*Lazarillo de Tormes*” en la picaresca, pp. 217-220. F. de Haan, “Pícaros y ganapenes”, *Homenaje a Menéndez Pelayo*, II (1899) 172.

²² Alejo Vanegas, *Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo*, Toledo, 1540, folio 165 vuelta. También se cita con el nombre de Venegas. Existe otra edición enmendada y corregida con pie de imprenta en Valladolid de 1583.

bular de Lázaro parece que no ha pasado nada. Sin embargo, sí que ha transcurrido el tiempo. Es una de las primeras tomas de conciencia con respecto al tiempo que, como dice Alonso Zamora Vicente²³, no se encuentra en los libros anteriores al *Lazarillo*.

Los períodos de falta de alimentos fueron frecuentes y agudos en España, en gran parte debido a la sequía y malas cosechas, lo que favoreció la mendicidad. A ello se unía la aparición periódica de epidemias en las personas y el ganado. En tal sentido, se recuerda la hambruna que coincidió con la peste de 1507, que fue “general e universal a toda España” y las mortandades de 1521 y de 1539-40²⁴.

La comida habitual era entonces el pan en forma de sopa con o sin verduras, los potajes de legumbres (la olla a que se alude en la novela), hortalizas, huevos, lacticinios y frutas. En la obra se citan, por ejemplo, lechugas, naranjas, melocotones, peras, limas y duraznos. Raramente se consumía carne entre las clases menesterosas y, del pescado, en las localidades del interior sólo se utilizaba fresco el fluvial, ya que el marino se empleaba salado o ahumado²⁵. El pan se hacía desde antiguo de varios cereales, preferentemente de trigo, cebada o avena, según fuera blanco o moreno y con un destino diferente para los señores o los criados²⁶. Un pan especial, de ofrenda religiosa, era el bodigo, hecho con flor de harina, que se menciona con frecuencia en la novela y que se ofrecía como voto en las iglesias.

Ante la carestía de cereales, la pragmática del 26 de junio de 1530 condenaba a los acaparadores de grano y, la dada en Madrid en octubre de 1539, puso tasa al trigo, a la harina y al pan preparado para el consumo, con objeto de regular los suministros²⁷. Se prohibió asimismo la venta de pan cocido por los que no fueran panaderos y, en determinadas fechas, las exportaciones de grano.

Los pícaros que no eran mozos de cocina (oficio muy frecuente en ellos) solían ir a las casquerías donde, como se dice en *Viaje entretenido*, gracias al mondongo “hinchen el pancho”²⁸, lugar donde también acude Lázaro. Con el ciego duerme en los mesones y la alimentación proveniente de la mendi-

²³ Alonso Zamora Vicente, “Gastando el tiempo. (Tres páginas del *Lazarillo*)” en *Voz de la letra*, Col. Austral, Madrid, Espasa Calpe, 1958, pp. 91-94.

²⁴ Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza Edit., 1979, p. 71; Marcel Bataillon, *Novedad y fecundidad del Lazarillo de Tormes*, Salamanca, Anaya, 1973, pp.24-25.

²⁵ J. H. Hale, “La alimentación y la salud”, en *La Europa del Renacimiento*, Madrid, Siglo XXI, 1973, pp. 14-23. Ver también de Alba Defant “El Lazarillo de Tormes: tema y estructura técnica del hambre”, *Humanitas*, 12 (1964) 107-123; Wallace J. Cameron, *El tema del hambre en la novela pícarospañola. Estudio de su tratamiento*. Prólogo de Abelardo Moncayo, Puebla, Cajica, 1971.

²⁶ Ver “La dietética medieval”, en “La higiene medieval” por P. Gil-Sotres, *Arnaldí de Villanova. Opera Médica Omnia*, X. I, Barcelona, CSIC, 1996, pp. 645-733.

²⁷ Manuel Danvila y Collado, *El poder civil en España*, t.II, Madrid, 1885, p. 175.



*“Yo, por hacer del continente, dije:
- Señor, no bebo vino.
- Agua es -me respondió-, bien
puedes beber.
Entonces tomé el jarro y bebí. No
mucho, porque de sed no era mi
congoja”.*

ciudad estaba formada generalmente por pan, frutas (recuérdese la escena de las uvas en la época de la vendimia), tocino, queso y, posiblemente, también leche y vino, etc. Pero quizás fue el ciego más afortunado al conseguir restos de comida como algún torrezno o trozo de longaniza. Cuando el escudero le manda comprar al muchacho provisiones en la plaza, le encarga, como un buen yantar, pan, vino y carne. La obra no es muy rica en información en este aspecto en comparación con otras novelas de la picaresca, lo cual es lógico dado su argumento, aunque se mencionen los lugares de aprovisionamiento.

Entre las peticiones de las Cortes celebradas en Madrid en los años citados se recordó que fuesen echados aque-llos que pudiendo trabajar se dedicaban a la mendicidad y en las de Toledo de 1545 (Petición XLVII), se reclamó que hubiese en cada pueblo un hospital general y se examinasen los pobres y mendigantes y que no pudie-

ran pedir sin tener cédula de persona diputada por el regimiento. Cuando se trataba de menores de ambos sexos, debían ser, como hemos dicho, “puestos a oficios con amos, y si después tornaren a andar pidiendo, fuesen castigados” (Petición XLV de las Cortes de Madrid de 1528 y la CXVII de 1534)²⁹. Alejo Vanegas instaba a los que llama alcaldes de pobres para que adoptasen medidas contra los vagabundos y haraganes de tal modo que se “los forzase a tomar oficio o a ponerse con amo, y a la segunda instancia les diese castigo y a la tercera los desterrase, que estos pobres baldíos no se mantienen en las aldeas sino en los grandes pueblos, en donde no se conocen unos vecinos a otros”³⁰. Medidas más extremas fueron empleadas con los extranjeros, tal como lo recoge el *Lazarillo*: “Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes” (pp. 92-93). La ley se había dado por el Consejo Real en 1540 y se publicó cuatro años más tarde en Medina del Campo.

A muchas de estas gentes desocupadas y sin trabajo les quedaba siempre el recurso de incorporarse a la milicia, como hizo el padre de Lázaro al cuidado de las acémilas de un caballero. Para otros, las tierras americanas tendrán el

²⁸ F de Haan, “Pícaros y ganapanes”, p.680.

²⁹ Danvila, II, p. 172.

³⁰ Alejo Vanegas, Ob. cit., folio 166 vuelta.

atractivo de la aventura en un mundo desconocido y arriesgado donde algunos encontrarán la fortuna o la muerte. Curiosamente, el Nuevo Mundo no aparece mencionado en la obra.

La madre de Lázaro, al dejarle con el ciego, da a su hijo el consejo de que se valga por sí mismo: "Procura ser bueno y Dios te guíe". La relación con su primer amo es al principio una simbiosis. El astuto ciego le enseña las lecciones iniciales para pedir y suscitar compasión e, igualmente, le muestra la manera de ganar dinero promoviendo la caridad pública o recitando oraciones para mil menesteres, así como las fórmulas para curar padecimientos y remediar males del cuerpo y del espíritu: "Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré". Los templos fueron lugares muy frecuentados por los pobres a donde acudían a pedir los tarados y también los embaucadores fingiendo lesiones o presentándose medio desnudos. Igual ocurría en las comunidades religiosas, cuyos sobrantes de las comidas se daban a los pobres, la llamada sopa de los conventos, a los que iban raramente los pícaros. En su caso, el ciego frecuentaría estacionalmente las localidades en fechas relacionadas con las peregrinaciones, festividades religiosas y las producciones agrícolas³¹.

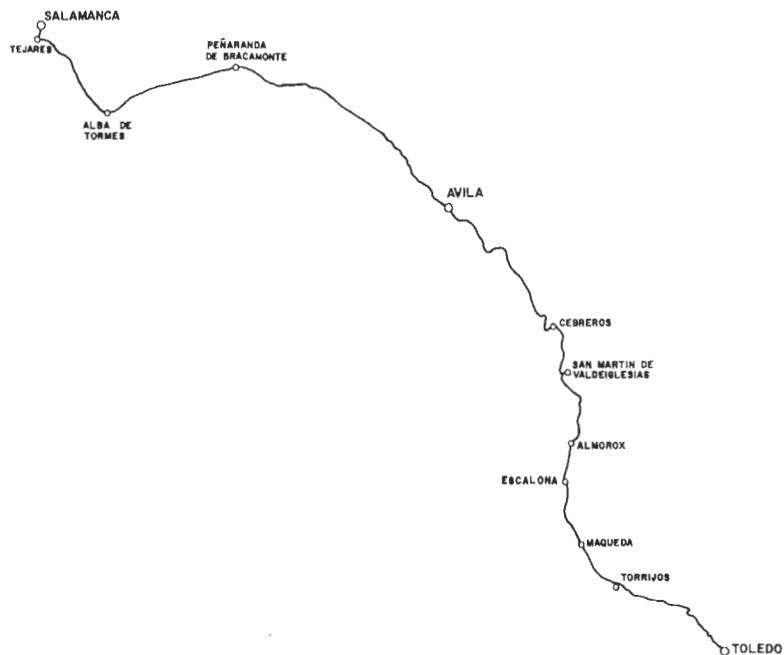
Hombre mezquino y perverso, el ciego le somete a la tortura del hambre al no darle la ración diaria que necesitaba, obligándole a robarle alimentos y monedas. El aprendizaje es doloroso y, si bien le adiestra en la vida, a cambio de servirle de guía, se crea una tensión entre ellos originada por los escarnios y malos tratos de este primer amo que rompe esa simbiosis para convertirse en engaño y agresión mutuos. Con este encuentro, Lazarillo ha recibido las lecciones necesarias para su iniciación y, ya con experiencia, decide escoger otro más ventajoso. Antes de abandonarlo le castiga y es el único con quien lo hace, vengándose de sus burlas y brutalidades. Éste le lava con vino para sanarle, como decía con sorna, después de romperle el jarro en la cabeza y, en cambio, es el agua el que lleva al final a su perdición al ciego. Como veremos, al principio y al término los escenarios son exteriores, cuando



En este tiempo vino a posar al mesón
un ciego, el cual, pareciéndole que yo
sería para adiestralle, me pidió
a mi madre

³¹ Pablo Arribas Briones, *Pícaros y pícarosca en el Camino de Santiago*, Burgos, Librería Berceo, 1993.

trabaja de guía, es vendedor o pregonero, en tanto que en el resto la acción se desarrolla principalmente en interiores, lo que le obligaba a diferente aporte calórico según el clima y el ejercicio desarrollado.



Itinerario seguido en el Lazarillo



La desnutrición de Lázaro

UNICEF - UN PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS



el relato de su infancia y servicio con los tres primeros amos se deduce que Lázaro de Tormes padeció una deficiencia nutricional crónica desde sus primeros años, con fases agudas de ayuno. La malnutrición fue constante en su vida y el principal objetivo será alimentarse normalmente. La escasez del consumo de proteínas, que, además, son de baja calidad, y la merma de alimentos, procedentes mayormente de limosnas, debieron de influir en su peso y estatura³². No podemos, por tanto, figurarnos a Lázaro como un buen mozo. Raramente consiguió, pues, las calorías necesarias para su edad y trabajo, por lo que recurre, a veces, al vino como aporte energético. “Viéndome con tanta [necesidad] siempre, noche y día estaba pensando la manera que tenía en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí” (p.62). Sánchez Albornoz lo corrobora con estas palabras: “... porque la picardía no constituía, a la postre, sino el sutil intento de abrirse paso en el mundo y en la vida por los atajos del camino real reservado a los más favorecidos por la suerte; de abrirse paso a golpes de astucia y de audacia”³³.

Mayor es aún el hambre a que le somete el avaro clérigo de Maqueda. No parece verosímil que el ciego le enseñara a Lázaro a ayudar a misa, lo que no deja de ser un recurso literario para enlazar con este segundo amo. Aquí se advierte la citada imitación de *El Crotalón*- como ha visto Lázaro Carreter- del gallo “trastornado en criado y monaçillo” de un capellán³⁴.

Los alimentos, como decimos, son en este caso menos y peores que los que el ciego guardaba en su



Fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa

³² Sobre la reconstrucción del retrato de Lázaro de Tormes, ver de Dámaso López, “Bailábanle los ojos en el caxco como si fueran de azogue”, en *Ensayos sobre el autor*, Gijón, Edic. Jucar, 1993, pp. 188-189: “Se trata de la cara de un varón de mediana edad, que carece de dientes, adornada con numerosas cicatrices y deformada a causa de los golpes que ha recibido. La geografía moral de Lázaro está explicada en la geografía física de su propia cara”(p. 189).

³³ Claudio Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, I, Barcelona, Edhsa, 1973, p. 702.

³⁴ *El Crotalón*, citado por Lázaro Carreter, *Lazarillo de Tormes en la picarocca*, p. 125.

fardel, donde tenía pan y los mejores bocados de torreznos y longanizas. El clérigo sólo le da una cebolla para cada cuatro días, pan y caldo de carne. Así como con el ciego la gracia se basa en la forma de los hurtos, aquí radica, además, en el tipo de alimentos. Las escenas con el ciego tienen por parte de Lázaro un carácter de ingenio y picaresca e igual ocurre con este segundo amo en torno al hambre y los productos que consume. La secuencia de la comida de las mejores partes de la cabeza del carnero, incluidos los ojos y la carne de las quijadas, tiene una despiadada comididad cuando le pone a Lázaro los huesos roídos en el plato, a la vez que le dice :

—*"Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa".*



"Por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descostía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza".

El ayuno le resulta tan agudo y prolongado que confiesa: "A cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran" (p.51). Según dice, en cuatro meses únicamente veinte veces comió bien. Pero como cuenta más adelante, estos ayunos iban seguidos, en ocasiones, de harturas periódicas cuando había mortuorios y cofradías³⁵. En las Cortes de Madrid de 1534 se llegó a solicitar la reducción y aún la supresión de cofradías y congregaciones por el abuso que hacía el clero dedicándose con frecuencia a comer y beber en ellas (Danvila, p. 102).

Con este amo también sufre el maltrato físico. Si el ciego con el golpe del jarro le hirió en la cara y le quebró los dientes, el clérigo le descalabro y le hace perder el conocimiento durante tres días a causa de un garrotazo. Vuelto en sí le dieron de comer, pues

estaba transido de hambre. Sólo a los quince días se pudo levantar y, aunque estuvo fuera de peligro, continuó con la misma necesidad de alimentos.

Con el tercer amo, un escudero (hidalgo que servían a los caballeros), el hambre es casi absoluta, pero es un hambre compartida. Ahora los alimentos

³⁵ Los mortuorios a que se refiere el autor del Lazarillo consistían en rogativas por el difunto y el reparto de comida y bebida en casa del fallecido. El escritor José María de Pereda describió este cuadro en "La buena gloria", de sus *Escenas Montañesas*. Las Cofradías que iban unidas a hospitales para pobres y peregrinos fueron numerosísimas. En el siglo XVI y XVII cita Arribas Briones seis en Astorga (Ob. cit., pp.71-72). Rodrigo de Reinoso alude a ellas en *Los Coplitas de los comedores* como lugar donde se juntaban a comer y beber bien. Ver A. López Vaqué, Santander, 1997, p. 147.

son despreciables y de escaso valor nutricio. “Volvíme a la posada, y al pasar por la Tripería pedí a una de aquellas mujeres, y diome un pedazo de uña de vaca, con otras pocas tripas cocidas”. Y más adelante dice que se desayunó “comiendo ciertos tronchos de berza” (p.86). El hambre le resulta a Lázaro una perpetua pesadilla.

Caro Baroja refiere cómo los hidalgos fueron objeto de burlas en el siglo XVI por su forma de vida anacrónica y de fatua ostentación, cuando lo habitual, en bastantes ocasiones, era estar carentes de medios. El hidalgo del *Lazarillo* lucha entre la honra en la que está, a su juicio, “todo el caudal de los hombres de bien” y la pobreza, pero elige la primera. Más ¿qué honra puede haber en el que prefiere no pagar sus deudas a labrar sus tierras o explotar su derribado palomar? El fingimiento y el engaño le presentan como un modelo ridículo y también negativo, que suscita incluso la compasión del muchacho. Quevedo trató también a estos nobles con buena dosis de ironía: “Para ser caballero o hidalgo, aunque seas judío y moro, haz mala letra, habla despacio y recio, anda a caballo, debe mucho y vete donde no te conozcan y lo serás”³⁶. José de Sigüenza³⁷ refiere el caso de un escudero, que bien puede ser aplicado al caso del *Lazarillo*, que solicitó recibir el hábito en el monasterio de Guisando con objeto de hurtar la plata que había y después, arrepentido, perseveró santamente. Pues bien, con este motivo cuenta al referirse al escudero, los defectos de los de su clase y escribe: “Como no le sobra a este linaje de gente nada, y están mucho tiempo ociosos, consideran despacio su pobreza y su hidalguía, y tratan de remediarla a la más poca costa que pueden”. Y en otro lugar dice que “representó al fin su figura harto dicstramente, que lo saben hacer bien los de su estado, criados en fingir semblantes y decir lisonjas”.

El no querer trabajar convierte al escudero en un pobre vergonzante cuyas necesidades oculta y disimula. El menosprecio por los oficios manuales y trabajos mecánicos perduró entre los hidalgos en siglos posteriores en los que se podía ser noble y, a la vez, pobre de solemnidad. Sin embargo, Cristóbal de



Topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden.

³⁶ F. de Quevedo, *Sátiros lingüísticos y literarios (En prosa)*, Madrid, Taurus, 1986, p. 137.

³⁷ José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 2^a Edic., Madrid, Bailly Baillière, 1907, pp. 227-228.

Villalón preconizaba la práctica de los trabajos mecánicos que favorecieran el poder vivir. A su vez, Gabriel Alonso de Herrera en el prólogo a la edición de 1539 de su *Obra de Agricultura*, al referirse al trabajo de los labradores, escribía: “Y puedo decir con verdad, y por eso lo osaré decir, que ellos son dignos y merecedores de más favores y libertades que muchos que heredan la hidalgía, y usan mal della”³⁸.



“... llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito”.

lleros de media talla” que, aparte de no pagar puntualmente, solían dedicarse al ocio y la caza. El engaño era mutuo ya que los aimos no daban de comer, o malamente, a sus servidores, y estos se dedicaban a la sisa, tal como recogen los autores de la época³⁹. Lo mismo ocurría con algunas de las escenas respecto a la jerarquía y el honor que aparecen en este tratado tercero. Por ejemplo, Gutiérrez de Cetina aludía a considerar como una cuestión de honra el quitarse la gorra o el bonete o el que el vecino lo hiciera primero, “tanto que algunos van mirando a

³⁸ Cristóbal de Villalón, *Provecchio tratado de cambios y contrataciones de mercedes y reprobación de usuras*, Diálogo 2, Salamanca, 1589. Para Gabriel Alonso de Herrera ver el tomo CCXXXV de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Atlas, 1970, p. 372.

³⁹ Lope de Rueda, *El Delsitio*. Paso primero (1567). Citado por Fernando Díaz-Plaja en *La sociedad española desde 1500 hasta nuestros días*, Barcelona, 1971, pp. 14-15.

⁴⁰ Gutiérrez de Cetina, *Obra*, pp.11-176.

las manos... como si fuesen cortabolsas, a ver si se quitan la gorra"⁴⁰. El ir a la iglesia solía ser también un signo de ostentación más y un medio muchas veces de ver a las mujeres, aunque en este caso viera al escudero oír la misa y los otros oficios muy devotamente. Pero hay algo del hidalgo que deslumbrará a Lázaro de Tormes, ya entonces muchacho, y es el poder imitarle y verse un día también vestido como él con sus calzas, jubón y sayo y remediarle paseándose erguido con el cabo de la capa sobre el hombro y la espada ceñida en el talabarte. Y escoge también de modelo su falso sentido del honor⁴¹. Sánchez Albornoz se ha referido al escaso desarrollo de la burguesía en España, lo que permitió, con gran perjuicio, la permanencia del vivir hidalgo⁴². El que presenta el *Lazarillo* no cultiva por ello sus tierras e, incluso, su alejamiento del lugar de nacimiento en la calle de la Costanilla, en Valladolid, muy habitada por judíos, aclara el que se cambiara de lugar. Quizá hasta pudiera ser un converso que consiguió la hidalguía: "porque, desde el primer día que con él senté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía". No deja de ser muy significativo, al respecto, el que le dijera a Lázaro que se callaba otras cosas que tocaban a su honra⁴³.

Las quejas por hambre son también con él continuas: "... que con mis trabajos, males y hambres, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne; y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía alivio". Al no ingerir alimentos, el organismo consume sus propias reservas para obtener la energía necesaria. El hambre persiste sin mitigarse y le obliga a la mendicidad: "Desque vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó y torno me a mi menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hiciese mainado en la leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que, aunque en este pueblo no había caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos" (p.87).

⁴⁰ Bruce W. Wardroppe, "El transtorno moral en el *Lazarillo*", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (1961) 441-447. Item Didier T. Jaén, "La ambigüedad moral del *Lazarillo de Tormes*", *Publications of the Modern Language Association of America*, LXXXIII (1968) 130-134; Domingo Ynduráin, "Algunas notas sobre el 'Tractado Tercero' del *Lazarillo de Tormes*", *Studia Hispanica in Honorem Rafael Lapeña*, III, Madrid, 1975, pp.507-517; Julio Rodríguez Puértolas, "Lazarillo de Tormes o la desmitificación del imperio", en *Literatura, historia, alienación*, Barcelona, Labor, 1976, pp.173-199.

⁴¹ C. Sánchez Albornoz, Ob. cit., I, p.671.

⁴² Sobre hidalgos conversos, ver Julio Caro Baroja, Ob. cit., II (1962): 329-335.



Los nuevos amos



Siempre en manos de la Providencia, Lázaro encuentra gracias a la gestión de unas mujercillas su cuarto amo, un fraile de la orden de la Merced que le da los primeros zapatos, lo que hace suponer que anteriormente anduvo temporadas descalzo o con alpargatas. Ahora no habla Lázaro de penurias alimenticias. Al fraile le retrata con pocas palabras indicadoras de su falta de vocación religiosa y de hacer una vida más social que de recogimiento y devoción en el convento. Fernández de Oviedo se refirió, en la época del *Lazarillo*, a ese tipo de frailes a los que llama “sueltos, que por aca andan, que no los quiero decir ni declarar de que orden son” (p.51), de los que asegura:

*De frayle nunca te fia
si le vieres andar solo* (p.49).

Y en otro momento añade:

*Los sacerdotes ojosos
dañan mas que no aprovechan* (p.212).

Y subrepticiamente insinúa el muchacho: “Y por esto, y otras cosillas que no digo, salí dél”. Según cuenta Sánchez Albornoz, era muy antigua y habitual durante la Edad Media, la costumbre de ciertos clérigos de utilizar algunas mujerzuelas como alcahuetas a cambio de pequeños suministros (Ob. cit. p. 188). Así como le dedica poca atención, no lo hace con su sucesor, el desvergonzado bulero o buldero ocupado con engaño en la venta de bulas pontificias destinadas a recaudar fondos para la Santa Cruzada. Los procedimientos utilizados, a veces nada ortodoxos, motivaron que incluso los comuneros pidieran una justa regulación sobre los lugares donde se debían predicar y que no se obligara a los fieles a tomarlas. En las Cortes de Toledo de 1525, se adoptaron ya medidas y se formularon peticiones al Emperador y entre ellas figuraba el “que se remediasen los abusos de los comisarios de Cruzada en la predicación de bulas”⁴⁴. Estos excesos llegaron hasta el punto de recomendarse la “bula de composición” que pretendía, hipócritamente, compensar con ella las deudas cuando no se sabía con certeza a quién se debía dinero, limpiando los escrúpulos de conciencia cogiendo la bula de dos reales por cada cien que se debiera⁴⁵. Cervantes, en *Rinconete y Cortadillo*,⁴⁶ alude también al oficio de buldero del que aprendió el primero de ellos la manera de “echar las bulas al que

⁴⁴ Manuel Danvila, p.69.

⁴⁵ Boorghese, citado por Fernando Díaz-Plaja, Ob. cit., p.25.

⁴⁶ *Novelas ejemplares*, Madrid, Castalia, 1987, p. 59.



“Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomaven”.



Hábito penitencial del Fuego Revuelto, según Limborch.

más presumiese en ello” y cómo, a veces, se quedaba el dinero en otras manos. Lázaro le llama “industrioso e inventivo”. El texto interpolado en la edición de Alcalá de Henares, en este capítulo o tratado, es tanto más expresivo del comportamiento sacrílego de algunos bulderos. Y se advierte, además, una burla a los cristianos viejos, indicadora de la posible mentalidad religiosa de la mano de la interpolación apócrifa: “¿Qué os paresce, cómo a [?] estos villanos que con sólo decir *cristianos viejos somos*, sin hacer obras de caridad, se piensan salvar, sin poner nada de su hacienda?” (p.124). La duda está en si se censura, además de la forma de venta inmoral de las bulas, su propia existencia. La crítica es burlona y exagerada y, por el contenido anticlerical, los tratados cuarto y quinto fueron, como hemos dicho, censurados.

La narración, a partir de este momento, se abrevia y apresura al referirse al siguiente amo de Lázaro: un maestro de pintar panderos, del que únicamente dice que con él sufrió mil males. Curiosamente, es al que menos atención dedica, a lo mejor de manera intencionada, ya que estos maestros artesanos incluidos entre los oficios mecánicos, diferentes de los pintores artistas, pudieron ser los que pintaban también los sambenitos con las dos cruces grandes coloradas (aspas de San Andrés), por delante y por detrás, que se colocaban sobre los vestidos de los judaizantes. El “fuego revuelto”, mechones de llamas dirigidas hacia abajo, que se representaba en los hábitos penitenciales, o las figuras más oprobiosas aún de los relajados o impenitentes con dibujos de diablos, eran también motivos pintados que llevaban los reos. Los procesados por el Santo Oficio, con sus hábitos y sambenitos, podían compararse a un pandero pintado al que se zurra con mano ajena. Como se dice en la novela, la función de Lázaro era “para molelle los colores”, tal vez con el doble significado de quebranto para los que los llevaban. Fernández de Oviedo recogía en estos versos el empleo de ellos por penitencia:

*Los sambenitos pintados
Traense sin devoción.
Por la puerta del perdón
Absueltos no salen todos:
Ni menos fueron los godos
Todos de sangre real. (p.491).*

Posiblemente, la alusión al oficio fue en su época sobradamente entendida, mucho más cuando en Toledo, en 1538, los sambenitos rotos y descoloridos del claustro de la catedral fueron renovados y puestos en las parroquias de donde procedían los encausados⁴⁷. Francisco Rico cuenta la existencia de maestros pintores en la catedral de Toledo según consta en el *Libro de cuentas del Cabildo* de 1493, como recogen C. Torroja y M. Rivas⁴⁸.

Fue estando con este último amo cuando, siendo entonces “buen mozuelo”, es decir en su paso a la adolescencia, al entrar en la iglesia mayor, un capellán le encargó por primera vez un trabajo por su cuenta. Aunque era de carácter manual al que se dedicaban los moriscos y emigrantes de las provincias del norte, ello le permitiría ganar dinero. “Éste fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida” (p. 126). En tal ocasión informa sobre el cambio de vestimenta para, como él dice, “me vestir muy honradamente de la ropa vieja” (p.127). La frase es bien expresiva al decir *honradamente*, ya que, aunque usada, le hará parecerse a su amo el hidalgo pobre, que no realizaba trabajos manuales. Compra entonces un jubón, un sayo, una capa y una espada también vieja, pero de buena marca. “Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno; que no quería más seguir aquel oficio” (p.127). Este paso en su vida es decisivo, al constituir un cambio en recursos y mentalidad. También ahora debemos subrayar lo de *hombre de bien*. A partir de este momento, Lázaro decide ya por cuenta propia y comienza su etapa ascensional. Por ello, escoge como nuevo amo a un alguacil, al que rechaza enseguida y del que se despide por parecerle servicio peligroso.

El informe autobiográfico se acelera al final con el inesperado empleo de Lázaro de Tormes al obtener, gracias al favor de “amigos y señores” un oficio real, “viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen” (p.128). Con un sentido de previsión dice : “Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa” (p.128).



“*Y púsome en poder un asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar agua por la cibad*”

⁴⁷ J. Caro, Ob. cit., I, p.328. Entre los gastos de Autos de Fé de la Inquisición figuraban los sambenitos con pinturas.

⁴⁸ C. Torroja Menéndez y M. Rivas Palá, *Teatro en Toledo en el Siglo XV*, Madrid, 1977, pp. 186-190. Citado por F. Rico en la edición de LT, Madrid, Cátedra, 1996, nota 2 de la p. 125.



“Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas, y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos; pregonero, hablando en buen romance”.

Entonces obtiene su último trabajo, el de pregoneiro. Lázaro, con este oficio o cargo subalterno, nada prestigioso, se siente importante: “Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto, que en toda la ciudad, el que ha de echar vino a vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho” (p.130). Es en este momento de su vida cuando aparece el arciprioste de San Salvador, que le pone a su servicio y procura casarle con una criada suya. Lázaro, a pesar de los rumores existentes contra ella, no quiere saber nada del pasado : “Y, así, me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido” (p. 131).



Pobreza, obediencia y castidad



n Lázaro de Tormes coinciden los tres votos de los eclesiásticos: La obediencia, la pobreza y la castidad, a la que se refirió Menéndez Pelayo como una de las peculiaridades de la vida picaresca⁴⁹.

Lázaro es pobre hasta el final, sometido al hambre y a la violencia en los momentos difíciles de su vida en que se encuentra desvalido. No volvemos a saber ya nada de su familia y únicamente al sentirse responsable es cuando dice tener amigos y protectores. Sin padres, pidiendo descalzo, pasando hambre, maltratado en su trabajo, su única aspiración es asegurar la subsistencia.

Como dice Claudio Guillén “la redacción del Lazarillo es ante todo un acto de obediencia”⁵⁰, cuando le piden que cuente su caso. La resignación es la mejor virtud del pobre Lázaro, que soporta a sus amos que le dañan y explotan. Los modelos que le llegan y con los que convive son negativos. Uno de los muchos méritos del libro está en la conexión de drama y comedia, de escenas dolorosas y, a la vez, festivas. La novela recoge las vivencias personales de Lázaro de Tormes donde se denuncian unos vicios. El protagonista, con múltiples dedicaciones: criado de ciego, mendigo, monaguillo, ayudante de escudero y de alguacil, aguador y pregonero, es, al principio, el más honrado y el que atrae la simpatía de los lectores. El memorial autobiográfico en que cuenta Lázaro su vida es una justificación del “caso” y constituye también una forma de depuración. Es *Lazarillo de Tormes* una novela de búsqueda en su doble aspecto de alimento y de trabajo a través de varios amos de muy distinta condición. Resulta, por tanto, una novela de aventuras y de aprendizaje, en cuanto que la vida del protagonista es un viaje incierto, de amo en amo, en el que ignoramos la continuación de la historia. La novela comprende sólo una parte de este viaje, que se inicia con la entrega al ciego siendo niño y termina en la cumbre de su buena fortuna, pero no se cuentan el resto de sus aventuras a partir de este momento. Es, también, un viaje sin retorno al hogar familiar. Sale sin un objetivo concreto, excepto el de servir, sometido al abuso y el maltrato, que le obliga a adquirir experiencia para terminar corrompiéndose moralmente⁵¹.

⁴⁹ M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, III, Santander, Aldus, 1943, p. 454-455.

⁵⁰ Claudio Guillén, “La disposición temporal del Lazarillo”, en *Historia y crítica de la Literatura Española*, II, Barcelona, Crítica, 1980, p. 357.

⁵¹ Emilio Pascual, *La novela de aventuras, o volver tras un largo viaje*, Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el 5 de abril de 1997. (Texto consultado por cortesía del autor).

Para Adolfo Bonilla, los pícaros son una mezcla de estoicos y de cínicos. Ya Menéndez Pelayo los llamó “héroes estoicos de nuevo cuño”, aunque tuvieron tanto de lo primero como de lo segundo, acostumbrados a una forma de vida caracterizada por la pobreza y, en este caso, también la obediencia. En la vida picaresca no existe previsión. Todo es en ella improvisado en busca siempre de mejorar y poder comer con un nuevo amo. Pero ese género de vida marginada trae la inseguridad. Jaime Ferrán se pregunta: “Pero el mismo Lázaro ¿sabe bien adónde va?”⁵². El azar o, mejor aún en este caso, la Divina Providencia, conduce sus pasos. Así repite con frecuencia : “Quiso Dios cumplir mi deseo”, “Que si a Dios place”, “El Espíritu Santo le alumbría”, “Quisieron mis hados o mejor decir mis pecados”, “Tanta lástima haya Dios de mí”, etc. Dios está, pues, presente en su vida y le invoca para que le socorra y es el que decide todo lo que le sucede.

Es Menéndez Pelayo, igual que Bonilla, quien señala como una de las características del pícaro la castidad, particularidad que se encuentra fundamentalmente en *Lazarillo de Tormes*: “En su vida holgazana y errante, cuajada de aventuras que siempre tienen una base económica, la áspera y viril pobreza los hace relativamente castos, no por virtud, sino por falta de sensualidad”⁵³. En efecto, en la novela no aparecen aventuras amorosas, excepto en el caso de la madre y en el encuentro, libre de erotismo, del hidalgo con las dos rebozadas mujeres. En el resto, cuando se citan, éstas tienen un sentido protector : le buscan nuevo amo, le defienden y le curan, pero no existen en la vida sentimental de Lázaro, que no conquista ni siquiera a su propia mujer, sino que es el arcipreste de San Salvador el que procura casarle con una criada suya. No se mencionan tampoco compartiendo la vida de los diferentes amos, salvo la que será luego su mujer. Son ellas, curiosamente, las más caritativas, sin ser ejemplares, y, así, la mesonera le trae el vino que le cura cuando está con el ciego y es una vieja, también, la que le atiende cuando sufre el golpe que le deja inconsciente. Nuevamente, las mujeres le ayudan con el escudero y le dan en la Tripería de comer y las hilanderas, vecinas suyas, las que le traen alimento. Ellas le defienden, igualmente, cuando huye el escudero, y el alguacil y el escribano intentan prenderle, además de ser las que le buscan su cuarto amo. Como dice Dámaso Alonso, “en cada acción, en cada tratado aparece este coro casi de tragedia griega” (Ob. cit., p. 27).

Llama la atención la abundancia de invocaciones religiosas en la novela, como han señalado algunos autores, aunque no tengan siempre el valor de prá-

⁵² Jaime Ferrán, “Algunas constantes en la picaresca”, en *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979, pp. 53-62.

⁵³ M. Menéndez Pelayo, Ob. cit., p.455.

tica piadosa. Así, en el tratado segundo, por ejemplo, se invoca dieciséis veces a Dios, tres al Señor, una al Espíritu Santo y otra a San Juan. En el anterior se emplea dos veces la expresión bíblica del Éxodo “a pie enjuto” y la expresión “desde que Dios crió el mundo”, que, como dice José María Valverde, dejó de usarse desde 1500 por ser propia de judíos⁵⁴, y que encontramos también en *Imitación de Cristo y menosprecio del mundo*⁵⁵. Las referencias al Evangelio y las resonancias bíblicas son constantes en la novela, tema ya estudiado por algunos comentaristas⁵⁶, pero, como también se ha dicho, no se menciona a Jesucristo, a Santa María ni a la Santa Madre Iglesia. Las invocaciones las utiliza con profusión: “¡Oh gran Dios!”, “Pluguiera a Dios”, “Dios me perdone”, “Rogaba a Dios” y también “Rogaba al Señor”, “Quiso Dios”, “Dios le cegó”, etc. Igualmente, como han visto ciertos autores, aparece en determinadas ocasiones el vocablo “alumbrar”: “el ciego me alumbró”, “alumbrado por el Espíritu Santo”, “quiso Dios alumbrarme”, empleado también por Fernández de Oviedo y por Fray Luis de Granada en *Guía de pecadores* (“que alumbran nuestro entendimiento”, “el Señor es mi lumbré contra la ignorancia”, “porque como uno de los principales oficios del Espíritu Santo sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento”, etc.), pero en ningún caso se aprecia un claro significado quietista. Hay también, desde el principio, menciones anticlericales, como cuando ataca a los clérigos y frailes que explotaban la caridad de los pobres en provecho propio o cuando habla de los clérigos reverendos (aquellos que reciben las ordenes religiosas “más con dineros que con letras y con reverendas se ordenan”).

En casa del clérigo, el muchacho dice ver en los panes la cara de Dios. Esta frase, con significado para algunos ambiguo, Dámaso Alonso la considera normal. En otra dice: “y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando rescebillo”. También resulta irreverente la expresión de jurar “sobre la hostia consagrada”⁵⁷. Igualmente, se refiere el narrador irónicamente a los cristianos vie-



“*Yo, por consolarme, abro el arca, y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando rescebillo*”.

⁵⁴ José María Valverde, “Lazarillo de Tormes”, en *Historia de la Literatura Universal. El Renacimiento, desde sus preliminares*, vol. 4, Barcelona, Planeta, 1984, pp. 391-395.

⁵⁵ *Imitación de Cristo y menosprecio del mundo*, traducción de Eusebio Nieremberg, Madrid, 1878, p. 348.

⁵⁶ Américo Castro, ob. cit., pp. 152-166. Víctor G. de la Concha, “La intención religiosa del *Lazarillo*”, *Revista de Filología Española*, 1972, t. LV, cuadernos 3º y 4º, pp. 243-277 y “Nueva lectura del *Lazarillo*”, Madrid, 1981.

⁵⁷ F. Márquez Villanueva, ob. cit., p. 104.



“El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la sancta bula traía”

jos cuando el escudero le pregunta a Lázaro si el pan está “amasado de manos limpias” (alusión a las manías de limpieza de sangre) o la que aparece en el texto ya citado del bulero.

Más intencionada es la burla y desprestigio de las bulas que se vendían como falsas en unos casos y verdaderas en otras y que la gente tomaba muy a disgusto suyo. Ya en las Decretales se impusieron penas graves contra los falsificadores de bulas e indulgencias. En el texto se describe el engaño del bulero, pero en la interpolación de Alcalá de Henares, debida a otra mano, se cita, además, el valor de ellas para muy diversos fines: redención de cautivos y para que no renieguen de su fe cristiana (dedicación habitual de la Orden de la Merced) y “aun también aprovechan para los padres y hermanos y deudos que tenéis en el Purgatorio”: “Como el pueblo las vio ansí arrojar, como cosa que se daba de balde, y ser venida de la mano de Dios, tomaban a más tomar, aun para los niños de la cuna y para todos sus defunctos, contando desde los hijos hasta el menor criado que tení-

an, contándolos por los dedos” (n. 42, p.123). La chanza llega mas lejos cuando el cura del lugar le pregunta al bulero “si la bula aprovechaba para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres” (p.124) o cuando se ridiculiza el falso milagro de la cruz. No olvidemos que los luteranos estaban en contra de las indulgencias, perdones y bulas. En los anuncios se advertía: “Para ganar esta indulgencia se necesita tener la bula de la Santa Cruzada”⁵⁸. Cabe la duda si la escena podría considerarse como un ataque a los sustentadores del viejo cristianismo, que vendían bulas falsas, o estaba dentro de las reclamaciones de la nueva herejía protestante.

⁵⁸ Vicente de la Fuente, *La retención de bulas en España ante la Historia y el Derecho*, Madrid, 1865, pp. 7-8.



Epílogo del caso



El perfil psicológico del autor parece indicar que fue eclesiástico⁵⁹ por sus frecuentes invocaciones religiosas e, incluso, por la manera con que relata la forma de decir el ciego las oraciones de coro de una manera muy clerical: (“Un tono bajo reposado, y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba”), así como por su experiencia del ayuno y de los usos y defectos religiosos, las referencias bíblicas, etc.

Existe un sentido crítico acusatorio de la conducta de los personajes religiosos, los peor tratados: el cruel sacerdote de Maqueda, el tramposo y sacrílego buldero, el fraile “suelto” de la Merced del que huye Lázaro, el capellán negociante de la catedral y el arcipreste amancebado. “Galería de caricaturas trazadas con singular gracia”, las llama Menéndez Pelayo. Quizá algunos sean retratos de casos advertidos por el autor. La referencia, por ejemplo, al arcipreste de San Salvador es muy directa, al existir en su tiempo esa parroquia en Toledo, ligada a los Zapata y Herrera, apellidos de cristianos nuevos, con capilla y enterramiento⁶⁰ y, por supuesto, con un párroco y casa en su entorno. En este caso la referencia no es generalizada al ser indicativa del lugar y del cargo. Y lo mismo ocurre con la acusación al fraile de la Merced, perteneciente al monasterio de Santa Catalina de Nuestra Señora de la Merced, existente en la misma ciudad. En la edición de Alcalá se censuró el nombre de la orden, como señala Blecua, pero no se hizo lo mismo con la noticia sobre el arcipreste⁶¹. ¿A qué se debió este respeto? Poco antes de publicarse el libro se habían originado denuncias y enfrentamientos en la catedral de Toledo y en la archidiócesis había dos grupos opuestos, cristianos viejos y nuevos, gran parte de ellos de origen judío, polémica que, como dice Caro Baroja, llegó hasta el pueblo.

El cardenal Tavera fue el que presentó como voluntad del Emperador establecer la sisa o gravamen sobre el mantenimiento, que rechazó la nobleza. También los clérigos de las iglesias de Toledo se negaron a pagar el subsidio que se solicitaba de ellos. Pero fue el Estatuto de Limpieza de Sangre el que promovió mayores discusiones y descontento entre los diferentes miembros convocados. En 1530 la catedral había ya instituido en la Capilla de los

⁵⁹ Rudolf Lieb, *Über die Darstellungsform im 'Lazarillo de Tormes'*. Univ. de Würzburg, 1958. En esta tesis doctoral se mantiene ya que el autor del Lazarillo fue un clérigo.

⁶⁰ A.A. Sicroff, *Los estatutos de limpieza de sangre. Controversias entre los siglos XV y XVII*, Madrid, 1985, p. 151. Ver también de Hurtado de Toledo, *Relación de Toledo*, pp. 514 y 532. Citado por A. Blecua, nota 332 en p. 173.

⁶¹ A. Blecua, Ob. cit., nota 286 de la p. 157.

Reyes Nuevos un Estatuto de Limpieza de Sangre, que se intentó ampliar a todo el clero en 1539⁶². Pero fue al morir el cardenal Tavera en 1545 cuando su sucesor, el cardenal arzobispo e inquisidor general Juan Martínez Siliceo, aprobó el Estatuto, no sin cierta oposición, en 1547. Era Siliceo, en opinión de Caro Baroja, un hombre de “carácter duro y esquinado física y moralmente”⁶³ y, a pesar de los contradictores del Estatuto, fue éste aprobado. Ello significó aún más la separación y los odios entre ambos grupos por cuestiones de limpieza de sangre, que a unos degradaba y a otros les parecía necesario y propio para evitar mezclas y confusiones en la sociedad y más entre los cargos eclesiásticos. En un documento reproducido por Sebastián de Horozco se dice que “ovo cierta quistion y alboroto dentro de la dicha sancta iglesia de Toledo entre algunas personas según mas largamente constara por la pesquisia información e proceso que sobre ello hizo primero el licenciado Diego Ruiz de Lugo corregidor que a la sazón era de la dicha çibdad de Toledo y despues el doctor Ortiz alcalde de la casa y corte de su magestad que vino por pesquisidor en el dicho negocio e dio e pronunció sobre el caso muchas sentencias ansi contra absentes como contra presentes por razon de lo qual el principe nuestro señor para pacificacion e para ebitar rruidos y quistiones mientras se proveya y determinava sobre el dicho estatuto lo que conbenia embio una cedula al dicho cabildo”⁶⁴.

En este ambiente es cuando suponemos que se produce la petición hecha a Lázaro de que informe sobre su situación y los rumores acerca de su mujer. Parece, como dice Dámaso López, que “se trata de la respuesta a alguien que ha solicitado una información sobre *el caso*, tal vez con la intención de instruir un expediente, cuya ejecución ya no podía dilatar por mas tiempo la amistad del instructor con el posible encausado”⁶⁵. Se puede pensar que esa persona que solicitaba que se le relatara “el caso muy por extenso” pertenecía al estamento eclesiástico de Toledo, próximo al arcipreste, e, incluso, que fuera del Santo Oficio, ya que cuando se encausaba a un clérigo por amancebamiento, éste era juzgado por lo religioso y recluido, pero la mujer pasaba a la jurisdicción civil. La tramitación procesal exigía, después de la denuncia con su testificación, la detención, las audiencias y pruebas, las declaraciones de los testigos y la defensa. Si ella estaba casada, el marido era también condenado.

⁶² C. Lozano, *Los Reyes Nuevos de Toledo*, Madrid, 1667, libro IV, cap. XVI. Citado por Juan Blázquez, p. 140.

⁶³ J. Caro Baroja, ob. cit., II (1962) 279.

⁶⁴ Sebastián de Horozco, “Importantes noticias acerca del Estatuto de Limpieza de la iglesia de Toledo y sucesos a que dio lugar (1547-55)”, en *Algunas relaciones y noticias toledanas que en el siglo XVI escribía el Licenciado Sebastián de Horozco*, Madrid, 1905, p. 7.

⁶⁵ Dámaso López, ob. cit., pp. 181-182.

Parece, pues, lógica la excusación de Lázaro. Paradójicamente, el “caso” no es el que ocupa una mayor extensión en la novela, aún con ser la clave de ella. ¿Estaba, entonces, el libro escrito con una alusión directa a unas personas y a algún caso conocido en Toledo? Curiosamente, de todos los personajes que aparecen en la vida de Lázaro, el que resulta mejor tratado y defendido por el propio relator es el Arcipreste de San Salvador, lo que haría suponer, a juicio de Dámaso López, que fue él quien redactó la respuesta⁶⁶.

La existencia de amancebamiento en el clero fue frecuente a pesar de las denuncias y condenas de la propia clase religiosa e, igualmente, la de maridos consentidores. Bonilla San Martín reprodujo una carta de este tipo, dada en el siglo XV, donde el marido autorizaba a su mujer para “casarse con otro cualquier, amigarse, embarraganarse”⁶⁷.

Las luchas entre el cabildo catedralicio, los casos de persecuciones por el Santo Oficio y los escándalos dentro del clero fueron frecuentes y conocidos por el pueblo. Uno de los más sonados, que refiere Caro Baroja⁶⁸, muy parecido al del *Lazarillo*, fue la conducta sacrílega del canónigo de Toledo, Fernando de Bazán, sobrino del cardenal Tavera, que dio lugar a un proceso por denuncia al Santo Oficio. Fue acusado por su forma de vivir, dedicado a la caza (prohibida a los sacerdotes) y a sus intereses particulares, sin ningún reconocimiento ni ejemplaridad; ser blasfemo y estar amancebado con Juana de Vargas. Denunciado en 1557 y penitenciado al año siguiente reincidió poco después. La similitud del caso con el del arcipreste de San Salvador es manifiesta y, a lo que parece, era antiguo y se produjo según los testigos en los años que precedieron a la publicación del libro. En la causa figuraba que el clérigo “la daba de comer e lo que abía inenester e dormyan juntos e esto se dezía publicamente”. El autor enriqueció literariamente el suceso con el rumor que circulaba por Toledo de que antes de casarse Lázaro con ella había parido tres veces.

En un caso como este las posibilidades de casamiento, con una elemental subsistencia diaria, eran escasas dada su situación económica y social, tal como



“Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y después tomóse a llorar y echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado: en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca”.

⁶⁶ Ibídem, p. 182.

⁶⁷ A. Bonilla San Martín, “Nota de carta de perdón, fuerza de cuernos”, *Anales de la Literatura Española*, Madrid, 1904, p. 153.

⁶⁸ J. Caro Baroja, ob. cit., I, pp. 363-64 y nota 11 de la p. 364.

lo refiere Konrad Haebler⁶⁹. Cuando Lázaro concluye su autobiografía opinamos, como dice Blecua, que tendría unos 25 años⁷⁰, aunque otros autores suponen que era entonces cinco o diez años mayor. Según confirma J. R. Hale, el matrimonio se retrasaba entre los hombres pobres y no se producía antes de los treinta⁷¹.

Al final, el Lázaro adulto subordina el honor al sustento y a la protección que le ofrece el arcipreste. Para Lázaro, tan zarandeado por la vida, sobrevivir era lo más importante. Pero cayó en la tentación de la vanidad cuando creyó estar en la cumbre de su buena fortuna y él, que había abandonado a otros amos por no parecerle apropiados, determina, como él dice, arrimarse a los buenos. Hay en estas palabras últimas una denuncia llena de ironía y, también, una acusación del autor a toda aquella caterva de amos del ahora pregonero, indecorosos y corruptos, que mancillan la caridad, el honor, el trabajo y el estado religioso. Desde luego, el anónimo redactor de estas páginas fue un disconforme, un hombre con ideas reformadoras de las costumbres que aprovechó el humor como el mejor procedimiento de protesta contra una sociedad que le parecía hipócrita en muchas cosas y, sobre todo, contra el estamento religioso, al que conoce bien y retrata con ironía. Pero también puede pensarse que su anticlericalismo fuera el resultado y no la intención primera del autor, como ha visto Víctor García de la Concha (Ob. cit., p.276), porque nada de lo que allí se censuraba era nuevo, pero sí la forma y gracia con que se decía. El narrador confiesa en el prólogo cómo, en el peor de los casos, cualquier lector puede hallar siempre algo que le agrade o le deleite. Quizá, sin pretensiones, éste fuera el fundamento de la novela, sin llegar a sospechar el autor la aceptación y la difusión de la obra. Tanto es así, que la crítica a la moral eclesiástica se toleró en otros autores, como Fray Prudencio de Sandoval, Fray Francisco de Osuna, Juan de Pineda, Facundo de Torres, Bernal Díaz de Lugo o Fray Pablo de León, aún siendo tan comprometida como la del *Lazarillo*. Lo mismo ocurre respecto a la dura crítica de Fray Antonio de Guevara sobre el género de vida y la corrupción existentes en la Corte, pero estas censuras no aparecían en una novela, acompañadas de un efecto burlesco: “En la Corte todo se permite, todo se disimula, todo se admite, todos caben, todos pasan, todos se sustentan, y todos viven; y si todos viven, digo, que es unos de vagar, otros de juzgar, otros de escribir, otros de servir, otros de jugar, otros de mentir, otros de lisonjear, otros de chocarrear, y aun otros de alcahuetejar”⁷².

⁶⁹ Konrad Haebler, *Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*, Madrid, Tello, 1899, p. 250.

⁷⁰ A. Blecua, ob. cit., p.10

⁷¹ J. R. Hale, ob. cit., p. 150.

En el aspecto religioso, habría que distinguir la edición de Alcalá (cuyas interpolaciones tienen mayor contenido crítico y se deben a otra mano) de las otras dos, debido en la primera, posiblemente, al ambiente de humanismo erasmista dominante en su Universidad.

La posibilidad de que el autor fuera un converso es la sugerencia que tiene hoy más partidarios. Las menciones a lugares habitados por judíos son coincidentes en la novela: Almorox, Escalona, Maqueda, Toledo, y las alusiones a las cuatro Calles o a la de Costanilla de Valladolid, donde nace el escudero, tal vez, como hemos dicho, un converso huido del lugar de origen por esta razón. Igualmente, parece confirmarlo las citas y determinadas omisiones religiosas. Desde luego, fue el autor un hombre culto, inteligente, buen lector y de espíritu sutil y burlón como el trasgo que cita en su novela.

Lázaro, al ascender económicamente y declarar su habilidad y buen vivir, se corrompe también. Ahora no tiene reparos en acompañar a los reos y pregonar a voces, en su último oficio, los delitos de los encausados. Es al final, cuando el protagonista defrauda a los lectores como si se hubiera puesto una máscara que cambiara su personalidad.

¿Fue Lázaro un ciníco? Mas bien fue un hombre pobre que terminó siendo un pobre hombre, decidido a incorporarse al estamento corrupto que le librara de pasadas penalidades, aunque fuera a cambio de su honor.

⁷² *Menorprecio de corte y alabanza de aldea*, Madrid, 1790, p. 108.

Se terminó de imprimir
Hambre y resignación en el Lazarillo de Tormes,
el día 17 de Diciembre de 1997,
festividad de San Lázaro, en Gráficas Calima
de Santander.
Laus Deo